LIBRO dot.com

LA DELICADEZA

Hugues Le Roux



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

¿Cómo llegué a conquistarla?...

Porque yo no pertenezco a esa categoría de hombres que pretenden que las mujeres se toman, como las fortificaciones, a cañonazos.

Además, esa fortificación estaba bien defendida.

Primero por la suegra, la buena duquesa que examinaba detenidamente a todos sus proveedores, a todos sus confesores, a todos sus amigos, y que siempre me miró con malos ojos; y luego por su propia voluntad. Todo el mundo sabe, en efecto, que Genoveva se casó, por amor, con Armando, a quien adoraba tiernamente, pues de no ser así, ella es bastante rica y él bastante noble para que ambos hubiesen podido encontrar, cada uno por su lado, mejores partidos.

Mas el amor es ciego.

Mil veces tuve ocasión de sorprender, en los salones elegantes, en las reuniones de hombres y en las veladas íntimas, las miradas ardientes y tiernas que Genoveva dirigía a su marido. Y entonces, cuando sus pupilas se llenaban de amor y de fuego, yo me acordaba de haber visto en otros ojos una expresión semejante. Pero ¿dónde?... ¡Ah! sí... en las pupilas de las rameras enamoradas.

Lo que primero me sedujo en Genoveva fue su amor por Armando. Ella tenía realmente una manera muy provocativa de decir:

-¡Mirad... qué guapo es!... ¿Habéis visto nunca un perfil tan bello?... Parece la imagen de Francisco I... Yo no habría podido nunca querer a un hombre cuyo perfil no fuese bello.

Esas cosas enojan cuando uno posee una nariz que las cédulas personales califican de "mediana" lo que significa: "nariz ni griega ni romana, sino sencillamente parisiense". Yo me propuse, pues, hacer comprender a Genoveva, lo más pronto que me fuese posible, que en el amor no todos son perfiles...

Ella respondía a mis declaraciones con una sonrisa exquisita que no significaba ni "espera" ni "continúa", pero que tenía mucho de amable sin tener nada de coqueta.

También solía decirme, con una inocencia encantadora:

-Pero ¿cómo quiere usted que yo ame a dos hombres al mismo tiempo?

Viendo la sinceridad de sus palabras, yo replicaba:

-Déjeme usted, al menos, recoger las migas de su mesa.

Ella reía a carcajadas, diciendo:

-No, usted tiene demasiado apetito; las migas no le bastarían.

Durante todo el invierno, no dejé de perseguirla con mis súplicas ardientes un solo día. Yo no ocultaba a nadie mi amor y lo mismo delante de ella que delante de su marido, nunca tuve reparo en decir a todo el mundo:

-¿Sabéis que estoy enamorado de Genoveva?

Así conseguí que ella no me impusiese nunca silencio cuando nos encontrábamos a solas por casualidad. ¿Qué razón hay, en efecto, para no oír a media voz en el extremo de un sofá, lo que se oye claramente bajo el gas de los salones?

Entre bastidores, sin embargo, yo no era nunca tan valeroso como ante la galería. Trataba de imitar a esos leones de circo que no abren la boca durante algunas semanas, para inspirar confianza al domador, y que luego, cuando éste pierde el miedo por completo, se lo comen en un decir Jesús.

Esperando que la vida del campo me proporcionaría los elementos necesarios para triunfar, alquilé, en verano, una casita de campo situada a seis leguas de distancia de su castillo.

Todo iba a medida de mi deseo cuando, de pronto, un accidente nos obligó a separarnos.

Armando, que era muy aficionado a la equitación, propúsose un día domar un potro. Al llegar a la orilla de un precipicio, la bestia se encabritó y el pobre muchacho sufrió una caída horrible que le rompió el hueso de la nariz y que lo tuvo, durante un mes, entre la vida y la muerte.

Yo no había nunca pensado en que Genoveva podía quedarse viuda y cuando lo pensé fue con verdadera pesadumbre, pues lo que yo deseaba era su amor y no su mano. Así, temiendo que Armando llegase a morir, me decidí a no volver al castillo mientras durase el peligro. Uno de mis criados iba diariamente a preguntar, en mi nombre, cómo seguía el enfermo; y cuando supe, una mañana, que ya mi buen amigo se encontraba completamente fuera de riesgo, comencé a esperar con verdadera impaciencia una invitación para reanudar mis visitas cotidianas.

Ya hacía, sin embargo, algunas semanas que Armando había comenzado de nuevo sus excursiones a caballo y la invitación no llegaba. Pero al fin llegó: Genoveva misma la había escrito y uno de sus criados me la trajo al galope.

Evidentemente mi deserción la había causado alguna tristeza y una vez la angustia pasada, yo comenzaba a hacerle falta. Mirad, si no, el último párrafo de su esquela:

"Si quiere usted que perdonemos su olvido, venga esta tarde, a las cuatro en punto y sin ninguna falta, a tomar una taza de té."

Naturalmente yo fui puntual a la cita... Porque esa era una cita y no una invitación. Tal vez Genoveva misma no había visto todo lo que su carta decía entre líneas; mas yo tengo una gran experiencia en asuntos de tal clase y sé comprender el sentido exacto de esos billetes, casi fríos en apariencia, cuyas palabras, trazadas con precipitación, denotan traidoramente la inquietud febril de la persona que los escribe. Habría apostado cualquier cosa a que nosotros tomaríamos aquella taza de té sin testigos de ninguna especie.

Y habría ganado.

Porque cuando llegué al castillo, Armando no había vuelto aún, la duquesa acababa de salir y los tres o cuatro huéspedes de la ilustre familia, estaban invitados a comer en una casa vecina. Luego, en vez de recibirme, como de costumbre, en el salón, Genoveva me introdujo en un boudoir, contiguo a su cuarto, en cuyo umbral me sentí embriagado y valiente.

Los reflejos luminosos del fuego de la chimenea, llenaban de puntos dorados su cabellera blonda y sus pobladas pestañas; el calor era enervante. Su voz y sus movimientos, estaban llenos de esa languidez ardiente que sirve siempre de prefacio a los desenlaces afortunados.

-¿Sabe usted -le dije- por qué dejé de visitarla?

Ella me respondió, mirando el fuego:

-Por indiferencia, sin duda...

Como en realidad yo no fingía, le contesté con sinceridad y con ardor:

-¡Ah! ¡Usted no me conoce bien, Genoveva!

Ella sonrió ligeramente; y pensando en el accidente que había desfigurado el rostro de su marido:

-Entonces sería porque nuestra casa estaba triste -me dijo.

Yo me arrodillé a su lado y acercándome todo lo que me fue posible:

-¿Quiere usted -murmuré- que le confiese la verdad?... Pues bien, la verdadera causa de mi retraimiento es él.

-¿Armando?...

-Sí -continué, al ver que mis palabras la sorprendían -porque yo no seré nunca capaz de hacer la corte a una mujer cuyo marido esté en la guerra o en el mar. Usted creerá, tal vez, que es por orgullo o por desprecio de las conquistas fáciles, pero en realidad es por un motivo más estimable y más serio. Yo no puedo querer sino lo que aprecio y la mujer que aprovecha la ausencia de su esposo es tan poco digna de aprecio como su cómplice. Cuando supe que Armando acababa de sufrir una terrible caída, no pude menos que acordarme del orgullo inocente y tierno con que usted hablaba de su hermosura varonil y pensar en lo que usted sufriría al ver que la gracia encantadora de su rostro había desaparecido para siempre. Por eso -estando seguro de que a pesar de todos mis esfuerzos me sería imposible dejar de perseguirla con mis súplicas amorosas- preferí

sacrificarme por completo a decir con mi presencia: "Ahora que mi rival está desfigurado, supongo que usted querrá darme a mí, que estoy intacto, lo que él ya no merece."

Genoveva había seguido con la mirada fija en el hogar, pero el movimiento nervioso de sus labios denunciaba su emoción...

De pronto se echó a llorar y me respondió:

-Sí... es cierto... usted es muy delicado...

Entonces yo no pude más; acerquéme por completo, la estreché entre mis brazos y comencé a secar con mis besos sus ojos llenos de lágrimas...

Algunas se escapaban de sus párpados y, resbalando por sus mejillas, iban a esconderse en las comisuras de sus labios... pero yo las perseguía con mis besos ardientes...

¡Ah! el camino delicioso de las lágrimas!...